

Jacques PHILIPPE, *La felicidad donde no se espera. Meditación sobre las bienaventuranzas*, Madrid: Rialp («Patmos»), 2018, 212 pp., 13 x 19, ISBN 978-84-321-4940-5.

Este religioso francés se ha convertido en un autor de *best sellers*, por saber combinar una adecuada perspectiva psicológica con una profunda espiritualidad. «Este libro, sin pretensiones teológicas o exegéticas particulares, se propone una meditación de las bienaventuranzas del Evangelio de san Mateo y, en particular, la primera de ellas, la pobreza de espíritu: “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos”» (p. 11). Este comentario espiritual de este pasaje evangélico no deja de ofrecer lo mejor de la interpretación alegórica de los textos. Philippe parece convencido de que la pobreza de espíritu es la clave de la vida espiritual, de todo camino cristiano y de toda tarea fecunda. Para él, las bienaventuranzas contienen una sabiduría luminosa y liberadora. A pesar de su inicial aspecto paradójico (es uno de los temas sobre los que no quiere predicar ningún cura joven, afirma), contienen ese autorretrato de Jesucristo en el que hemos de mirarnos todos los cristianos. Pero ¿en qué consiste esta pobreza espiritual? Philippe afirma que es esencialmente «una forma de libertad, la libertad de recibirlo todo gratuitamente y de darlo todo gratuitamente» (p. 31). Tras proponer este sentido positivo y liberador de la pobreza, son recordadas en fin todas las demás bienaventuranzas (cfr. pp. 81ss.).

El autor recurre a un desarrollo bíblico (por ejemplo, la figura de Moisés) o de algunas figuras de la espiritualidad cristiana, especialmente de Teresa de Lisieux, de quien se demuestra un buen conocedor. Aquí encontramos esta alta espiritualidad expresada con palabras actuales. Pongamos solo un ejemplo: «No hay amor verdadero y durable más que entre dos pobres de corazón. Los ricos están siempre en competencia, en concurrencia. Solo los pobres saben amarse y acogerse. Dios se hizo pobre porque él es amor» (p. 52). Ese amor de los pobres de espíritu –sigue explicando nos libera de muchas preocupaciones y tormentos. «Dejamos de mirarnos continuamente al espejo, dejamos de preguntarnos sobre lo que valemos o no valemos, y lo que piensan o dejan pensar de pensar los demás de nosotros, y comenzamos a olvidarnos de esas cosas, para mirar solo a Dios en nuestra vida» (p. 60). La pobreza de espíritu es entendida aquí como la clásica humildad, en clave de amor: «ser pobre delante del otro significa también rebajarse por amor» (p. 70), afirma citando una vez más a santa Teresita. Consiste por tanto en renunciar a toda situación de dominio, de superioridad, para hacerse pequeño ante el otro, en actitud de servicio, como Jesús lavó los pies a sus discípulos.

Pablo BLANCO